

# ISAAC ASIMOV

## Más cuentos de los Viudos Negros



Dotado de una imaginación extraordinaria, Isaac Asimov ha alcanzado una inmensa popularidad basada principalmente en su innegable talento para la divulgación científica y en una extensa producción de narraciones de ciencia-ficción, cuya audacia y originalidad han dado lugar a una renovación decisiva del género. Menos conocida es quizá su faceta de escritor de relatos de misterio, a la que corresponde esta nueva recopilación bajo el título de Más cuentos de los Viudos Negros, segunda de la serie iniciada con «Cuentos de los Viudos Negros», (publicada primeramente en castellano como «Relatos de los Viudas Negras»).

Un grupo de amigos dedicados a distintas profesiones, pero unidos por una común curiosidad, se reúnen a cenar en un elegante restaurante una vez al mes acompañados de un invitado, quien, acabada la cena, es sometido a un minucioso interrogatorio a lo largo del cual se propone y se resuelve un enigma. Será el más callado y humilde de los asistentes, Henry, el camarero, quien invariablemente proporcione la única solución posible del misterio.

El ingenio y la erudición, la capacidad de deducción y un fino humor se combinan en estos once cuentos de inexcusable lectura para los admiradores del autor de «Estoy en Puertomarte sin Hilda» (LB 366), así como para todos los aficionados al relato detectivesco.

*A Donal Bensen  
Gilbert Cant  
Lin Carter  
John D. Clark  
L. Sprague de Camp  
Lester del Rey*

## INTRODUCCIÓN

Creo que no hay mucho más que decir acerca de los Viudos Negros aparte de lo que ya dije en *Cuentos de los Viudos Negros*. Aquel fue el primer libro de la serie. El que tienen ahora entre sus manos es el segundo.

En aquella primera introducción expliqué que el club de los Viudos Negros estaba basado en un club auténtico, al cual pertenezco, que se llama el club de las Arañas Tramperas. No les diré nada más acerca de él, porque si han leído los Cuentos de los Viudos Negros se aburrirán con la repetición, y si no lo han leído prefiero dejarles con la angustia de la curiosidad para que se compren el primer libro y corrijan semejante omisión.

A propósito, cuando se publicaron los Cuentos regalé un ejemplar a cada uno de los socios del club de las Arañas Tramperas. Todos ellos ocultaron su verdadera opinión fingiendo un gran placer y, naturalmente, yo acepté ese fingimiento como si fuera auténtico.

Esto es todo lo que tengo que decir por el momento, pero no se alegren demasiado pronto pensando que se han librado de mí. Debo avisarles que volveré a aparecer en el breve epílogo que sigue a cada uno de los relatos.

# I

## POR REGLA GENERAL

THOMAS TRUMBULL FRUNCIÓ el entrecejo sólo con su ferocidad de costumbre y dijo:

¿Cómo justifica usted su existencia, señor Stellar?

Mortimer Stellar alzó las cejas sorprendido y miró a los seis Viudos Negros que estaban sentados alrededor de la mesa y cuyo invitado era esa noche.

—¿Puede repetir la pregunta? —dijo.

Pero antes de que Trumbull pudiese hacerlo, Henry, el insustituible camarero del club, había entrado silenciosamente para ofrecer a Stellar su coñac, que éste tomó con un abstraído murmullo de agradecimiento.

—Es una pregunta sencilla —dijo Trumbull—. ¿Cómo justifica usted su existencia?

—No sabía que debía hacerlo —dijo Stellar.

—Suponga que tuviese que hacerlo —dijo Trumbull—. Suponga que se encuentra ante el trono de Dios el día del Juicio Final.

—Habla usted como un director de revista —dijo Stellar sin impresionarse.

Emmanuel Rubin, el anfitrión de la noche y escritor como él, se rió y dijo:

—No, no es cierto, Mort. Él es desagradable pero no lo suficiente.

—Tú no te metas, Manny —dijo Trumbull, señalándole con el índice.

—De acuerdo —dijo Stellar—. Le daré una respuesta. Espero que, como resultado de mi paso por el mundo, algunas personas queden un poco más informadas sobre la ciencia de lo que lo estarían si yo no hubiese vivido nunca.

—¿Cómo lo ha hecho?

—A través de los libros y artículos que escribo sobre temas de divulgación científica —los ojos azules de Stellar brillaron tras los cristales de sus gafas, de pesada montura negra y agregó sin rastros perceptibles de modestia—: Que probablemente son los mejores que se hayan escrito nunca.

—Son bastante buenos —dijo James Drake, el químico, apagando en el cenicero el quinto cigarrillo de la noche y tosiendo como para celebrar el momentáneo alivio de sus pulmones—. Sin embargo yo no lo pondría por delante de Gamow.

—Cuestión de gustos —dijo Stellar con frialdad—. Yo sí. Mario Gonzalo dijo:

—Usted no escribe sólo sobre ciencia, ¿verdad? Me parece que leí un artículo suyo en un semanario de televisión, y era humorístico.

Mostró la caricatura que había hecho de Stellar durante la comida. Destacaban las gafas de montura negra y también el cabello castaño algo desvaído que le llegaba a los hombros, la sonrisa ancha y las líneas horizontales que le cruzaban la frente.

—¡Dios Santo! —dijo Stellar—. ¿Ese soy yo?

—Es todo lo que Mario puede hacer —dijo Rubin—. No le mates.

—Un poco de orden —dijo Trumbull, quisquilloso—. Señor Stellar, por favor, conteste la pregunta que le hizo Mario. ¿Sólo escribe sobre ciencia?

Geoffrey Avalon, que había estado tomando su coñac a breves sorbos, dijo con su voz profunda, que podía dominar la mesa por completo cada vez que lo deseaba:

—¿No estamos perdiendo el tiempo? Todos hemos leído los artículos del señor Stellar. Es imposible evitarlo. Están en todas partes.

—Si no te importa, Jeff —dijo Trumbull—, es a lo que estoy tratando de llegar de un modo sistemático. He visto sus artículos y Manny dice que ha escrito ciento y pico de libros sobre toda clase de temas. Lo que importa es ¿por qué y cómo?

El banquete mensual de los Viudos Negros estaba en su etapa culminante: el interrogatorio del invitado. Era un proceso que se suponía debía llevarse de acuerdo con la sencilla línea de un interrogatorio judicial ordinario; pero nunca ocurría así. El hecho de que con tanta frecuencia resultara caótico era motivo de profunda irritación para Trumbull, el experto del club en lenguaje cifrado, cuyo sueño era dirigir el interrogatorio como si se tratara de un consejo de guerra.

—Concentrémonos en eso. Entonces, señor Stellar —dijo—, ¿por qué demonios escribe usted tantos libros sobre tantos temas?

—Porque es un buen negocio —dijo Stellar—. No especializarse rinde más. La mayor parte de los escritores son especialistas; tienen que serlo. Manny Rubin es un especialista; escribe novelas policiacas cuando se molesta en escribir.

La barba rala de Rubin se erizó y sus ojos se abrieron con indignación tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Da la casualidad que he publicado más de cuarenta libros, y no todos son policiacos. He publicado —empezó a contar con los dedos— relatos deportivos, confesiones, cuentos fantásticos...

—Policiacos en su mayor parte —rectificó Stellar con suavidad—. Por mi parte trato de no especializarme. Escribo sobre lo que se me ocurre. Eso hace que la vida resulte más interesante y nunca paso por un bloqueo creativo. Además, me independiza de los altibajos de la moda. Si un

tipo de artículo pierde popularidad, ¿qué importa? Escribo otros.

Roger Halsted se pasó la mano por la calva y dijo:

—Pero ¿cómo lo hace? ¿Tiene horas fijas para escribir?

—No —dijo Stellar—. Sólo escribo cuando tengo ganas.

Pero tengo ganas todo el tiempo.

—En realidad te obligas a escribir —dijo Rubin.

—Nunca lo he negado —dijo Stellar.

—Pero la composición regular no parece estar de acuerdo con la inspiración artística —dijo Gonzalo—. Lo que escribe, ¿se limita a brotar de usted? ¿Hace algún tipo de revisión?

Stellar bajó los ojos y por un instante pareció contemplar la vacía copa de coñac. La apartó y dijo:

—Todos parecen preocuparse por la inspiración. Usted es artista, señor Gonzalo. Si esperase la inspiración, se moriría de hambre.

—A veces me muero de hambre aunque no lo haga —dijo Gonzalo.

—Yo me limito a escribir —dijo Stellar, un poco impaciente—. No es tan difícil hacerlo. Tengo un estilo simple, directo, sin adornos, así que no tengo que desperdiciar el tiempo en frases inteligentes. Presento mis ideas de modo claro y ordenado porque tengo una mente clara y ordenada. Sobre todo, tengo seguridad. Sé que voy a vender lo que escribo, así que no me angustio con cada frase, preguntándome si le gustará al director de la revista.

—No siempre supiste que ibas a vender lo que escribías —dijo Rubin—. Supongo que hubo una época en la que eras principiante y recibías negativas como todo el mundo.

—Así es. Y en aquellos días escribir me llevaba mucho más tiempo y era mucho más difícil. Pero eso fue hace treinta años. Ya hace mucho que estoy literariamente seguro.

Drake se atusó su atildado bigote gris y preguntó:

—¿De verdad que ahora vende todo lo que escribe?  
¿Sin excepción?

—Casi todo, pero no siempre tal y como sale a la primera —dijo Stellar—. A veces me piden que haga una revisión y, si es una solicitud razonable, la hago, y si no es razonable, no la hago. Y de vez en cuando (calculo que al menos una vez al año) recibo una negativa directa —se encogió de hombros—. Es parte del juego del escritor independiente. No se puede evitar.

—¿Qué ocurre con lo rechazado? ¿Eso no lo revisa? —preguntó Trumbull.

—Pruebo en alguna otra parte. A un director puede gustarle lo que a otro le desagradó. Si no puedo venderlo en ningún lado lo guardo; puede aparecer un nuevo mercado; pueden pedirme algo para lo que se ajuste el artículo rechazado.

—¿No tiene la sensación de vender mercancía en malas condiciones? —dijo Avalon.

—No, en absoluto —dijo Stellar—. Un rechazo no significa necesariamente que un artículo sea malo. Sólo significa que un director concreto lo encontró inadecuado. Otro director puede encontrarlo adecuado.

La mente legalista de Avalon vio una brecha:

—De acuerdo con ese razonamiento se deduce que si a un director le gusta, compra y publica uno de sus artículos, eso no demuestra necesariamente que el artículo sea bueno.

—No lo demuestra en absoluto —dijo Stellar—, pero si ocurre una y otra vez, aumenta la evidencia a favor de uno.

Gonzalo dijo:

—¿Qué pasa si *todos* rechazan un artículo?

—Eso no ocurre casi nunca —dijo Stellar—, pero si me canso de presentar un escrito, lo más probable es que lo canibalice. Tarde o temprano escribiré algo sobre un tema similar, y entonces incorporaré partes del artículo rechazado en un escrito nuevo. No desperdicio *nada*.

—Entonces todo lo que escribe se llega a imprimir de uno u otro modo, ¿no es así? —Y Gonzalo sacudió levemente la cabeza, con obvia admiración.

—Casi.

Pero después Stellar frunció el entrecejo.

—Excepto —dijo— cuando uno trata con un director idiota que compra algo y después no lo publica.

—Ah, ¿te ha ocurrido algo así? —dijo Rubin—. ¿Alguna revista que quebró?

—No, va muy bien. ¿No te he hablado nunca de ello?

—No que yo recuerde.

—Hablo de Bercovich. ¿Le has vendido algo alguna vez?

—¿A Joel Bercovich?

—¿Puede haber dos directores de revista con ese apellido? Por supuesto que se trata de Joel Bercovich.

—Sí, claro. Dirigía la revista *Cuentos policíacos* hace unos años. Le vendí algunas cosas. Aún almuerzo con él de vez en cuando. Ya no se dedica al mercado policíaco.

—Lo sé. Ahora dirige la revista *Modo de Vida*. Una de esas nuevas publicaciones pretenciosas que atraen al nuevo rico.

—Basta. ¡Basta! —exclamó Trumbull—. Esto está degenerando. Volvamos al interrogatorio.

—Un momento —dijo Stellar, agitando una mano hacia Trumbull con evidente enojo—. Me han preguntado si todo lo que escribo llega a imprimirse y quiero contestar porque trae a colación algo con lo que estoy bastante molesto y quisiera sacármelo de dentro.

—Creo que eso forma parte de sus derechos, Tom —dijo Avalon.

—Bueno, adelante entonces —dijo Trumbull de mala gana—, pero no se eternice.

Stellar asintió con una especie de apesadumbrada impaciencia y dijo:

—Conocí a Bercovich en una reunión protocolaria. Ni siquiera recuerdo el motivo o quiénes asistieron. Pero recuerdo a Bercovich porque acabamos haciendo un negocio juntos. Había ido con Gladys, mi esposa, y Bercovich estaba con su esposa y debía de haber unas ocho parejas más. Era una reunión en la que habían cuidado los detalles. En realidad, de tan cuidada, era mortalmente aburrida. Era protocolaria. No había que llevar corbata negra; no habían llegado a eso, pero era protocolaria. El servicio era lento; la comida mala; la conversación envarada. Odiaba estar allí. Escucha, Manny, ¿qué piensas de Bercovich?

Rubin se encogió de hombros.

—Es un director de revista. Eso limita sus aspectos positivos, pero los he conocido peores. No es un idiota.

—¿No? Bueno, debo admitir que esa vez me pareció un tipo correcto. Yo había oído hablar vagamente de él, pero él me conocía, desde luego.

—Desde luego —dijo Rubin, haciendo girar su vacía copa de coñac.

—Bueno, así fue —dijo Stellar indignado—. Lo importante de la historia es que me conocía, pues de lo contrario no me habría pedido un artículo. Se me acercó después de la cena y me dijo que leía mis cosas y que las admiraba, y yo asentí con una sonrisa. Después dijo: «¿Qué piensa de la reunión?».

Yo dije con cautela: «Bueno, es un poco sosa» porque por lo que sabía era el amante de la anfitriona y yo no quería ser innecesariamente ofensivo.

Y él dijo: «Yo creo que es un plomo. Demasiado protocolaria, y eso no encaja con el mundo norteamericano de hoy». Después añadió: «Oiga, dirijo una revista nueva, *Modo de Vida*, y me pregunto si usted no podría escribirnos un artículo sobre este tipo de formalidades. Si pudiese darnos, digamos, de dos mil quinientas a tres mil palabras, sería perfecto. Podría tener carta blanca y abordarlo a su aire; pero que sea ligero».

La cosa sonaba interesante y eso respondí. Discutimos un poco el precio, y dije que lo intentaría; él preguntó si se lo podría hacer llegar en tres semanas, y yo dije que tal vez. Parecía muy ansioso.

—¿Cuándo fue eso? —dijo Rubin.

—Hace un par de años.

—Ajá. Fue más o menos por entonces cuando la revista dio los primeros pasos. De vez en cuando la hojeo. Es muy pretenciosa y no vale lo que cuesta. Sin embargo, no vi tu artículo.

Stellar resopló.

—¡Claro que no!

—No me diga que no lo escribió —dijo Gonzalo.

—Por supuesto que lo escribí. Lo hice llegar a la oficina de Bercovich en una semana. Era un artículo fácil de hacer y era bueno. Levemente satírico y con varios ejemplos de convenciones estúpidas contra los que podía disparar mis dardos. En realidad, hasta describía una cena como aquella a la que habíamos asistido.

—¿Y él lo rechazó? —preguntó Gonzalo.

Stellar dirigió una mirada furiosa a Gonzalo.

—No lo rechazó. A la semana tenía un cheque en mis manos.

—Entonces ¿cuál es el problema? —preguntó Trumbull con impaciencia.

—Nunca lo imprimió —gritó Stellar—. Lleva dos años retrasando su publicación; ni siquiera ha fijado una fecha para hacerlo.

—¿Y eso qué importa mientras lo haya pagado? —dijo Gonzalo.

Stellar le dirigió una nueva mirada furiosa.

—No supondrá que me conformo con una única publicación, ¿verdad? Por lo común puedo contar con reimpresiones en uno u otro lado para que me aporten una suma adicional. Y además publico recopilaciones de mis artículos; y no puedo incluir éste hasta que se publique.

—Seguramente el dinero en juego tampoco es mucho. —No —reconoció Stellar—, pero tampoco deja de tener cierta importancia. Además, no entiendo el motivo del retraso. Le corría prisa tenerlo. Cuando se lo llevé estuvo encantado. Dijo: «Perfecto, perfecto. Pondré a trabajar en él a un artista en seguida y habrá tiempo de agregarle unas buenas ilustraciones». Y después no pasó nada. Podría pensarse que no le gustó; pero si no le gustó, ¿por qué lo compró?

Halsted alzó su taza de café para que la volvieran a llenar y Henry se encargó de hacerlo. Halsted dijo:

—Tal vez sólo lo compró para comprar su buena voluntad, por así decir, y asegurarse de que usted le escribiera otros artículos, aun cuando el que le escribió no fuese lo bastante bueno.

—No... no... —dijo Stellar—. Manny, díles a estos inocentes que los directores de revistas no hacen eso. Nunca tienen el presupuesto suficiente como para comprar malos artículos con el fin de comprar buena voluntad. Además, si un escritor entrega malos artículos uno no desea su buena voluntad. Y, lo que es más importante, uno no se gana la buena voluntad de nadie comprando un artículo y enterrándolo.

—Está bien, señor Stellar —dijo Trumbull—. Hemos escuchado su relato y habrá advertido que no le he interrumpido. Ahora bien, ¿por qué nos lo contó?

—Porque estoy cansado de rumiar sobre el asunto. Tal vez uno de ustedes pueda desentrañarlo. ¿Por qué no lo publicó? Manny, has dicho que a veces le has vendido algo. ¿Alguna vez retuvo la publicación de algo tuyo?

—No —dijo Manny después de una pausa prudencial—. No puedo recordar que lo hiciera. Desde luego, pasó un mal momento.

—¿Qué tipo de mal momento?

—Dijiste que esa cena se llevó a cabo hace dos años, así que la que conociste fue su primera esposa. Era una

mujer mayor, ¿verdad, Mort?

—No la recuerdo —dijo Stellar—. Esa fue la única vez que estuve con ella.

—Si se tratara de su segunda esposa, la recordaría. Tiene alrededor de treinta años y es muy bonita. Su primera esposa murió hace cosa de un año y medio. Se supo que estaba enferma desde hacía tiempo, aunque hacía todo lo posible por ocultarlo. Yo nunca me enteré, por ejemplo. Tuvo un ataque al corazón y él quedó destrozado. Lo pasó muy mal por un tiempo.

—No estaba enterado de eso. Pero, aun así, se casó de nuevo ¿verdad?

—En algún momento del año pasado, sí.

—Y ella es bonita y él se consoló, ¿no es eso?

—La última vez que le vi de pasada, hace cosa de un mes, tenía muy buen aspecto.

—Bueno —dijo Stellar—, ¿entonces por qué retrasa la publicación?

Avalon dijo en tono pensativo:

—¿Le explicó usted al señor Bercovich las ventajas de que se publicara su artículo?

—Él conoce las ventajas —dijo Stellar—. Dirige una revista.

—Bien —dijo Avalon con el mismo tono pensativo—, entonces puede ser que al leerlo por segunda vez encontrase algún fallo grave y pensara que no es publicable tal como está. Tal vez le avergüenza haberlo comprado y no sabe cómo decírselo a usted.

Stellar rió, pero sin humor.

—Los directores no se avergüenzan y no temen encararse con uno. Si hubiese encontrado algo equivocado al leerlo por segunda vez, me habría llamado para pedirme una revisión. Me han pedido revisiones muchas veces.

—¿Revisa cuando se lo piden? —dijo Gonzalo.

—Ya lo he dicho... A veces, cuando me parece razonable —dijo Stellar.

James Drake asintió como si ésa fuese la respuesta que esperaba y dijo:

—¿Y este director nunca le pidió ninguna revisión?

—No —explotó Stellar, y después añadió casi de inmediato—. Bueno, ¡una vez! Una vez que le llamé para ver si había fijado la fecha de aparición (ya me estaba fastidiando bastante el asunto) me preguntó si no habría problema en cortarlo un poco, porque le parecía confuso en algunos puntos. Le pregunté dónde demonios era y yo me irrité lo suficiente como para decir que no, que no quería que lo tocaran. Podía imprimirlo como estaba o podía devolvérmelo.

—Y supongo que él no se lo devolvió —dijo Drake.

—No, no lo hizo. ¡Maldita sea!, le ofrecí volvérselo a comprar. Le dije: «Mándamelo de vuelta, Joel, y te devolveré el dinero». Y él dijo: «Vamos, Mort, no es necesario. Me gusta tenerlo en cartera aunque no lo use de inmediato». ¡Maldito imbécil! ¿Qué utilidad tiene para mí o para él que lo tenga en cartera?

—Tal vez lo ha perdido —dijo Halsted—, y no desea admitirlo.

—No hay motivo para no admitirlo —dijo Stellar—. Tengo una copia; dos copias, en realidad. Aunque quisiera conservarlas (y son útiles cuando llega el momento de armar el libro) en estos días sacar copias no es un problema.

Se hizo un silencio alrededor de la mesa. Luego Stellar frunció el entrecejo y dijo:

—¿Saben? Una vez me preguntó si yo había hecho copias. No recuerdo cuándo. En una de las últimas ocasiones en que lo llame. Dijo: «Por cierto, Mort, ¿hiciste alguna copia?», y lo dijo así: «Por cierto...», como si se le hubiera ocurrido de pasada. Recuerdo haber pensado que era un idiota; ¿acaso esperaba que un hombre con mi experiencia no tuviera una copia? Entonces pensé que estaba dando un rodeo para decir que había traspapelado el manuscrito, pero nunca dijo una palabra en ese sentido. Le dije que sí, que tenía una copia, y él no volvió a tocar el tema.